

NARRACIONES PORTEÑAS

EL PADRE JAIME QUE CONOCÍ

Por Julio César Acosta V.



Fecha de Publicación
Enero 2024

EL PADRE JAIME QUE CONOCÍ

Autor: Julio César Acosta V.

Puerto Armuelles era una comunidad dual, si se le analizaba desde la perspectiva moral, tenía más cantinas por habitante que cualquier lugar en la provincia; tenía la prostitución legalizada, aunque confinada en un área de cantinas apiñadas, cerca de la costa del Mar Pacífico, que todos conocíamos con el nombre de El Bajo; pero a la vez era una comunidad muy religiosa, que abrazaba la fe católica.

No cabe duda de que la religiosidad del pueblo se debía en gran medida, a que Puerto Armuelles siempre fue bendecido con la presencia de buenos sacerdotes, que velaban por la salud espiritual de los porteños, pero también se identificaban con las causas sociales de la comunidad. Desempeñé el papel de monaguillo en la Iglesia de San Antonio, cuando los ritos de la misa se oficiaban en latín, que estábamos obligados a utilizar hasta los monaguillos, que nos lucíamos recitando el Confiteor Deo.

Me refiero a la época de mediados del siglo veinte, cuando la Parroquia contaba con tres sacerdotes, el padre Roberto, el padre William Grass y el icónico padre Jaime Gleason, a quien voy a tratar de retratar desde mi perspectiva, de manera que asumo mi responsabilidad. El padre Jaime llegó muy joven, desde Norteamérica, procedente de la orden de los Paulinos. No era un ser humano común; era un huracán de entusiasmo, con un generoso y enorme corazón, que nunca negaba una petición, ni recibía una respuesta negativa cuando pedía algo para la comunidad, porque su carismática presencia era avasalladora.

El padre Jaime que conocí, era un niño cargado de emociones, pero con la fuerza de un volcán. Que me perdone Dios, pero el padre Jaime celebraba la misa con más

rapidez que los demás sacerdotes; se despojaba de la vestimenta sacerdotal y salía a la calle a visitar enfermos, donar sangre, jugar volibol con los chicos, boxear con los mayores y hacer mil tareas, hasta que llegara la hora de dormir.

Los porteños estamos en deuda con muchos ciudadanos, algunos de los cuales llegaron de otros lares, con la misión de servir..., pero los vamos a rescatar y los pondremos a brillar. Uno de esos héroes es el padre Jaime, ser humano cuya obra social y caritativa ocuparía varios volúmenes con letra pequeña, pero voy a poner reflectores sobre dos facetas, una muy conocida, su aporte a la educación y otra ya casi olvidada, la construcción del nuevo templo católico. La Iglesia de San Antonio comenzó a acoger a los cristianos en una edificación de madera, estilo tambo, es decir, la nave estaba como a cinco pies de altura, soportada sobre pilotes. Asumo que la obra fue donada por la Chiriquí Land Company.

El padre Jaime, que era el párroco de la congregación, asumió la hercúlea tarea de construir un nuevo templo, más grande y más alto que el que existía, que se financiaba con actividades parroquiales, pero la tarea era ardua y el avance de la obra era muy lento, pero el Señor utilizó al padre Jaime de intermediario y se terminó el templo en un abrir y cerrar de ojos. En un mes de diciembre, la Lotería Nacional celebró un sorteo extraordinario, el padre Jaime compró varias fracciones y su número salió en el primer premio. Entiendo que el padre Jaime le regaló una fracción a un trabajador de la Parroquia, pero el dueño del resto de los billetes no depositó el dinero en su cuenta personal, ni se fue de vacaciones, sino que se dedicó en alma y vida a terminar la construcción del templo y la fiesta fue grande cuando se inauguró y consagró. Solo echamos de menos, las sonoras campanas de la vieja Iglesia.

Se podría decir mucho de la construcción del nuevo templo, pero esta no es una biografía y no tengo espacio, porque ahora me voy a referir a la corona de las obras del

padre Jaime; su aporte a la educación. Puerto Armuelles tenía un sistema atípico de educación, que subsistió hasta 1960. Mientras duró, los maestros de las escuelas primarias no dependían del Ministerio de Educación, sino que eran trabajadores de la Chiriquí Land Company, supervisados por el señor Luis Arce, que asumo que había sido educador. Solo se impartía educación primaria en Armuelles y en las fincas bananeras. El ciclo era concreto, se estudiaban 6 años a partir de los 7 años, luego se jugaba durante unos 8 años y al final, los jóvenes se incorporaban al mercado del trabajo, aunque hubo excepciones, pues algunas familias hicieron el sacrificio de enviar a sus vástagos a estudiar en el Colegio Félix Olivares Contreras, en el Colegio San Vicente de Paúl o en el Colegio Nuestra Señora de Los Ángeles, todos con sede en la ciudad de David.

Debe haber sido alrededor del año 1952, cuando el padre Jaime anunció, con su entusiasmo característico, que Puerto Armuelles iba a contar con un centro de educación secundaria, el Colegio San Antonio. Si existe la suerte, el padre Jaime era suertudo, porque contar con locales para salones y personal docente y administrativo de una escuela privada, en una región pobre, parecía una quimera; pero ya dije que el padre Jaime era suertudo, porque en el área cercana a la Iglesia y a la casa parroquial, habían dos barracas de madera, también estilo tambo, pero con pilotes como de 10 pies de altura y piso de tierra, que estaban habitadas por trabajadores solteros de la Chiriquí Land Company. Como se lo pueden imaginar, el padre Jaime le pidió al Gerente Roy Holcombe, que le donara las barracas para alojar un colegio... y el Gerente aceptó la petición, de modo que los solteros tuvieron que cambiar de vivienda y comenzó el frenesí para ponerle piso de cemento y cerrar las paredes de las barracas, que pasaron a ser los salones del flamante Colegio San Antonio. Aunque fuimos muchos los voluntarios, encabezados por el padre Jaime, que trabajamos varios fines de semana para tirar los pisos, solo recuerdo a Juan Eloy Cedeño, a quien le decíamos Pato.

No estudié en el Colegio San Antonio, sino en el Instituto Andrés Bello, por eso no conozco muchas cosas de los antoninos, pero los miles de egresados de ese Colegio, que hoy forman parte de la larga lista de profesionales porteños con los cuales cuenta nuestro país, hablan alto y claro de la excelente educación, que un selecto grupo de educadores les impartió, en donde jugó un papel importante un grupo de religiosas de la Orden de Maryknol. Solo por vía ejemplar, destacaré al Profesor Nicolás Caballero (muy amigo de Baldor); la Profesora Joaquina Pereira de Padilla, profesora de Español, pero amante de la literatura y Thelma de Serracín.

El Colegio San Antonio, al finalizar cinco años, confería un novedoso título de Bachiller en Letras, Ciencias y Perito Mercantil. Era una escuela privada, pero no era un negocio, porque pagaban la colegiatura los que podían hacerlo, pero la caridad cristiana que practicaba el padre Jaime permitieron que, sin tener medios económicos para sufragar los estudios, algunos amigos míos se graduaran en ese Colegio. Sé que los beneficiarios fueron muchos, pero no puedo señalar por su nombre más que a Blas Cubilla, quien reside en Puerto Rico y al excelente abogado Rubén Rodríguez, como personas que me confesaron, que la segunda enseñanza la obtuvieron, gracias a la generosidad del padre Jaime.

Nuestro país también tiene profesionales graduados en universidades norteamericanas, gracias a las gestiones del padre Jaime, de las religiosas y del Colegio, pero nadie me ha autorizado a divulgar sus nombres, pero si al leer estas notas, alguno quiere confesar por este medio, que fue uno de los beneficiarios, ayudaría a dar certeza a lo que he señalado.

Lastimosamente todo lo bueno es perecedero. La noticia se esparció como un incendio en un pajonal, se va el padre Jaime. La gente acudía a misa en cantidades mayores que lo usual, para estar seguros de lo que habían oído, lo cual se les confirmó,

con la indicación de que la jerarquía de la Iglesia, había decidido que el padre Jaime debía cumplir su labor pastoral en otro lugar del país, lo cual se debía cumplir de manera irremediable.

Rápidamente se integró el Comité Organizador del acto de despedida del padre Jaime, que fue encabezado por los profesores del Colegio San Antonio. La organización requería una labor titánica, porque el padre Jaime estaba vinculado a todas las fuerzas vivas de Puerto Armuelles y todos querían participar y hablar en el acto.

Llegó el día de la despedida y el acto tuvo lugar en el estadio en donde se jugaba bola suave. Se instaló la enorme tarima, bien iluminada, con un sistema de sonido dotado de varios altavoces, porque se esperaba la asistencia de miles de porteños, con delegaciones de todas las escuelas, de los boy scouts, de los grupos de la Iglesia, de la representación de la Chiriquí Land Company, de la cámara de Comercio, de CACSA, del Centro Funerario, del Cuerpo de Bomberos y su Banda de Música del Sindicato SITRACHILCO y una lista interminable de personas y representantes de grupos cívicos, religiosos, etc.

La población fue convocada para que estuviera presente a las 6:00 de la tarde y todos llegaron puntuales. El maestro de ceremonia abrió el acto haciendo un resumen de la extensa obra del padre Jaime y explicando cómo se iba a desarrollar el evento, que comenzó como a las siete de la noche, con la interpretación de unas piezas musicales, que estuvieron a cargo de la Banda de Música. Era una noche de verano, soplaba una suave brisa y el techo de la tarima estaba representado por miles de estrellas y a continuación empezamos a escuchar discursos, canciones de solistas, de coros y la entrega de un impresionante conjunto de regalos: cada organización llevaba flores, cajas de regalos, sobres, maletas y cientos de artículos, que el padre Jaime recibía con los ojos

llorosos y dando abrazos de agradecimiento. Según el programa, el padre Jaime iba a dar un discurso para agradecer el acto, pero la emoción le impidió hablar.

Llegó el momento de cerrar el más grande acto que los porteños le han brindado a una persona. Se anunció que el antonino Porfirio Méndez tocaría una pieza, un solo con su trompeta, pero él comenzó diciendo que ese instrumento musical se lo había regalado el padre Jaime, quien se lo trajo cuando hizo un viaje a los Estados Unidos. Porfirio dijo que en agradecimiento tocaría la pieza Torna a Sorrento, que en el lenguaje porteño significaba, padre Jaime, torna a Puerto Armuelles.

El ominoso silencio reinante se rasgó por las agudas notas de la trompeta, mientras los presentes, con los ojos llorosos, incluyendo al padre Jaime, nos deleitábamos con la magistral interpretación de la pieza italiana, que entonó Porfirio. Parecía que la salva de aplausos no iba a terminar, mientras el padre Jaime se levantó de su asiento, para abrazar al intérprete musical. Puerto Armuelles le dio al padre Jaime, un gran homenaje de despedida, porque honrar, honra.

Esa alma buena debe estar en un lugar privilegiado en el cielo, gracias padre Jaime.

Panamá, 31 de diciembre de 2023.